HARLEQUIN®

Bianca®



Amor mediterráneo

Anne McAllister

Amor mediterráneo

Anne McAllister



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2006 Barbara Shenck. Todos los derechos reservados.
AMOR MEDITERRÁNEO, Nº 1745 - marzo 2010
Título original: The Santorini Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2007

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8352-8
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

SÓLO una subida más...

Siguiendo los empinados escalones que subían desde el muelle, Martha podía ver su casa. Gracias a Dios.

Cuando se bajó del barco y pisó tierra en Santorini, pensó «estoy en casa», pero se le había olvidado la cuesta que tendría que subir, y no le había dicho a Ariela, la mujer que se ocupaba de la casa, que iría, así que nadie había ido a esperarla.

No le importaba. Había tomado la decisión de llegar allí sola y de estar allí sola. La subida era parte del viaje. Pero estaba agotada y sudorosa, y su bolsa de viaje, que había preparado para volver a casa, a Nueva York, y no para un viaje sorpresa a Grecia, parecía llena de plomo.

Martha volvió a levantar la vista. Bajo la radiante luz del verano, las paredes de la casa encalada de dos plantas parecía un espejismo, casi un sueño. Había corrido tanta adrenalina por sus venas en las últimas horas, que habría pensado que todo aquello era parte de una alucinación de no saber que se había gastado hasta su último dólar en un billete de avión desde Nueva York el día anterior.

¿Tan poco tiempo había pasado?

Le parecía que hacía una eternidad desde el momento en que subió de dos en dos las escaleras del loft

de su novio, Julian, en el barrio de Tribecca, pensando en su irresistible sonrisa y en cómo la abrazaría y la levantaría en el aire cuando le dijera que había vuelto para quedarse, y que había terminado el mural en el que había estado trabajando en Charleston el último mes. En ese tiempo, había tomado una decisión: estaba lista por fin para compartir su cama.

Abrió la puerta a la vez que lo llamaba por su nombre, pero al oír el ruido de la ducha, dejó las precauciones a un lado. ¿Qué mejor forma de mostrarle que estaba lista para compartir la intimidad que él le pedía?

Se quitó las sandalias, la blusa y empezó a desabrocharse la falda a la vez que abría la puerta del baño.

Y descubrió que Julian no estaba solo.

A través del vidrio de la mampara empañado de vaho pudo ver dos cuerpos bajo el chorro de agua: eran Julian, con su pelo rubio aplastado contra la cabeza, y una morena llena de curvas muy bronceada. Sus cuerpos estaban desnudos y muy unidos.

Martha se detuvo en el sitio, como fulminada por un rayo, con la vista fija en la imagen que hacía pedazos todos sus sueños y fantasías.

Entonces, la ráfaga de aire frío que Martha había provocado al abrir la puerta hizo que Julian levantara la vista. Pasó una mano por el cristal para limpiar el vaho y poder mirar directamente su rostro sorprendido.

Él abrió la boca en un gesto muy revelador. Martha sentía que los labios se le habían congelado, al igual que los pies, y, mientras, la mujer se frotaba contra Julian, sin darse cuenta de que ella estaba allí. Julian cerró los ojos un momento, pero después los abrió y volvió a encontrarse con los de ella. Esta vez su mirada era menos de sorpresa y más retadora.

Y, gracias a Dios, Martha notó que sus pies podían moverse.

Se dio la vuelta a toda prisa, agarrando su blusa para cubrir con ella su desnudez y su vulnerabilidad. Se la puso, con la cara ardiendo y el corazón golpeándole frenéticamente el pecho, y salió de allí dando un portazo.

Bajó las escaleras corriendo, con la bolsa de viaje en bandolera, desesperada por llegar a la calle para confundirse con el gentío que ni sabía ni le importaba la humillación que acababa de sufrir. Para ellos, nada había cambiado.

Pero para Martha, su mundo acababa de dar un giro de ciento ochenta grados.

Durante el mes que había estado en Charleston, se había pasado las horas pensando en Julian, en su relación y en si él sería «su hombre». Ella se había tomado las cosas con calma, sin querer meterse directamente en la cama con él sólo porque fuera guapísimo, encantador y muy sexy, y además, quisiera acostarse con ella.

Su hermana Cristina tenía mucha experiencia en ese tipo de relaciones, pero Martha siempre estuvo decidida a «estar segura» antes de tener una relación íntima con un hombre. Pero la jugada no le había salido nada bien, pues cuando ella estuvo segura por fin, Julian ya había encontrado a otra.

Estaba claro que no podía seguir con él. De hecho, no podía soportar la idea de quedarse en Nueva York; a pesar de que vivieran diez millones de personas en aquella ciudad, no era bastante grande para los dos. Tenía que marcharse de allí.

Había muchos sitios a los que podía ir: a casa de sus padres, en Long Island, a la de su hermano Elías, en

Brooklyn, con su hermano Peter, en Hawai, o incluso con Cristina, pero no lo haría. La única persona de su familia a la que podía acudir era a su hermano mellizo, Lukas, pero él siempre estaba de viaje, en aquella ocasión, en Nueva Zelanda. En teoría. Toda su familia la habría apoyado, y sus hermanos no hubieran hecho preguntas curiosas, pero no podía ir con ellos... no podría soportar su compasión o sus silenciosas miradas de pena. Lo único que quería era huir.

Y por eso fue a Santorini.

No se había fugado de casa; sus padres nacieron en aquella isla, como sus abuelos y el resto de su extensa familia, pero la mayoría de ellos se habían marchado para hacer fortuna en otros lugares. A pesar de todo, aún llevaban Santorini en el corazón, y allí seguía la casa familiar.

En el sentido más básico de la palabra, Santorini era su hogar.

Algunos de sus recuerdos más antiguos y más agradables tenían como escenario la casa encaramada en lo alto de una colina desde la que se divisaba el Egeo. Sus padres se habían trasladado en numerosas ocasiones de Long Island a Nueva York en media docena de ocasiones cuando Martha era pequeña, pero ninguna de las casas en las que había vivido podía ser considerada tanto un «hogar» como la de Santorini.

A ella le encantaba aquel lugar. En cuanto pisó la acera caliente y miró las hileras de casas encaladas colonizando las colinas, supo que todo iba a ir mejor. Allí podía respirar, podía ser ella misma. Podía empezar de nuevo.

No había estado allí desde enero, cuando fue a pasar una semana con sus padres. Entonces hacía casi frío, pero la temperatura era muy diferente de la de en-

tonces, y el calor abrasador del verano hacía que Martha se arrastrara por la estrecha y empinada callejuela empapada en sudor.

La casa estaría vacía, al igual que la nevera y los armarios. Tendría que ir a la compra y hacerse la comida, pero no le importaba. Estaría bien hacerlo todo ella misma, y mantenerse ocupada le vendría bien. Esperaba que el acoplarse al ritmo de vida de la isla le ayudara a distraerse para poder mirar hacia el futuro y hacer nuevos planes.

Desde luego, no tenía ninguna intención de mantener los antiguos, aunque Julian la había llamado cuando estaba de camino al aeropuerto.

–Andrea significa algo para mí –le dijo, con tono casi dolido, como si Martha tuviera que aceptar sin más que él se acostara con otra mujer.

–Bien, no pasa nada –respondió ella en tono ácido–. Estoy segurísima de que ella estará encantada con eso.

–Bueno, ¿y qué esperabas? –le había preguntado Julian, cambiando el tono dolido por otro igualmente inapropiado de indignación–. Tú no me dabas nada.

No parecía el momento de decir que había llegado a casa con la idea de entregarse completamente...

–Yo diría que fue un gesto inteligente por mi parte –repuso ella.

–Eres tan fría como un pez, Martha. Si alguna vez mostraras algo de pasión...

–¿Quieres pasión? ¡Pues yo te daré pasión! –y Martha tiró el teléfono por la ventanilla del taxi a la carretera, donde fue instantáneamente aplastado.

Suspiró satisfecha al recordar el momento, aunque hubiera deseado que fuera Julian el aplastado, y no su móvil.

Subió los últimos escalones hasta la verja que daba

al jardincito y después el último tramo hasta la casa. El sudor le corría por la espalda y entre los pechos, y la coleta que se había hecho nada más bajar del avión empezaba a deshacérsele. Unos mechones de pelo oscuro y rizado se escapaban y caían junto a sus sienes.

Necesitaba beber algo frío, una ducha fría y dormir un poco, por ese orden. En caso de que pudiera estar despierta tanto tiempo.

Cuando cerró la verja tras de sí, la sombra de la buganvilla, de flores rojas y moradas, la protegió del sol por primera vez desde que empezó la subida. Martha se apoyó contra la tapia de piedra que rodeaba el jardín y respiró. Por primera vez desde que abrió la puerta del baño de Julian, la desesperada urgencia de huir se difuminó un poco. Tomó aire. La calma parecía rodearla por completo.

Su respiración se hizo más lenta y acompasada. Pasó una mano por las piedras de la tapia, junto a la que subían los escalones hacia la casa, y recordó cómo los bajaba siempre corriendo de pequeña, pensando que su padre y su abuelo habrían hecho lo mismo. Sonrió y puso la cara sobre el frescor de la piedra, pensando que generaciones de Antonides habrían hecho aquello mismo antes.

La gente sufría, pero lo superaba. Ella también superaría su dolor; decidida, se cuadró de hombros, agarró con fuerzas renovadas su bolsa de viaje y siguió caminando hacia la puerta.

Treinta y dos escalones más tarde llegó hasta arriba y sacó su llave de la casa. Su padre les había dado una llave a cada uno cuando cumplieron los veintiún años. Martha pensó agradecida en él y giró la llave en la ce-

rradura antes de empujar la pesada puerta de madera. La entrada con suelo de terrazo estaba fresca y aireada.

¿Aireada? Martha frunció el ceño y notó con sorpresa que las ventanas estaban abiertas y las finas cortinas blancas flotaban con el aire. ¿Alguien sabría de su llegada?

¿Habría llamado Julian a sus padres preguntando por ella? ¡Oh, por favor, no! Se puso una mano en la cara, en un gesto de desesperación.

Entonces vio un par de sandalias junto a la puerta... eran sandalias de hombre. El corazón le dio un vuelco de la emoción.

–¿Lukas?

Tenía que ser él. Elías nunca salía de Brooklyn: «Alguien tiene que quedarse trabajando», decía siempre que surgía la palabra «vacaciones». Y Peter, por lo poco que Martha sabía de él, apenas había salido de Hawai desde que se marchó allí para estudiar en la universidad. La única posibilidad era que se tratase de Lukas, su mellizo.

Él era la persona que mejor la comprendía, a la que podía contarle todo, y pasar tiempo con él le ayudaría a no pensar que todos los hombres eran tan horribles como Julian Reeves.

–¿Luke? –ansiosa, Martha se quitó los zapatos y fue hacia la cocina, hasta que oyó unos pasos que bajaban por las escaleras, desde los dormitorios. Se giró, expectante.

Un hombre que podía haber pasado por un pirata de los Mares del Sur, delgado, bronceado, el pelo negrísimo y revuelto, y la nariz afilada, bajaba por las escaleras.

Tenía los pómulos marcados y la barbilla firme. A ella le pareció guapo, aunque de un modo un poco rudo. Si Julian era de una belleza clásica, como una pulida

escultura de mármol, aquel hombre era más bien una estatua de áspero granito.

Martha supuso que sería uno de los amigos de Elías. Tenía, a juzgar por su aspecto, unos treinta y pocos años, como su hermano mayor. ¿Le habría dado la llave Elías para que pasara unos días allí? Parecía un gesto más propio de su padre, encantador pero un poco temerario, que del trabajador y firme Elías. Además, ella no estaba segura de que tuviera amigos.

Pero aquel hombre no parecía tener la paciencia suficiente como para tratar con su padre; a Aeolus Antonides le encantaba el golf, los yates y las comidas seguidas de una larga sobremesa. Para él, aquélla era la definición de la civilización.

Pero Martha no habría usado la palabra «civilizado» para describir a aquel hombre, que se detuvo al llegar abajo y la miró con profundo desagrado.

Ella tampoco estaba encantada de verlo, precisamente.

–¿Quién eres? –preguntó, y después hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta que sorprendió profundamente a Martha–. Me da igual. Márchate.

¿Que se marchara? ¿Que ella tenía que marcharse?

–Espera un momento, amigo –dijo ella, estirándose y mirándolo fijamente. Al menos él hablaba inglés; de hecho, parecía tan americano como ella, así que debía ser amigo de Elías–. ¡Yo no me marcho a ningún lado!

Él era el intruso. Aquélla era su casa, no la de él. No tenía derecho a mirarla de ese modo, con las manos en las caderas, como si se hubiera metido en casa ajena. Por eso ella no pensaba permitirle que le impidiera tomar algo frío y echarse un rato.

–Disculpa – y pasó junto a él para ir en dirección a la cocina.

Él le impidió el paso.

–¿Dónde crees que vas?

–Quiero beber algo –dijo–. Me muero de sed. Apártate.

Pero él no lo hizo.

–¿Quién eres –insistió ella–. ¿Elías te dejó la llave?

Él entornó los ojos.

–¿Elías? ¿Quién es ése?

Así que no era amigo de Elías.

–Mi hermano.

El hombre sacudió la cabeza y el pelo le cayó sobre la bronceada frente.

–Nunca he oído hablar de él. ¿Cómo has entrado? –preguntó, inquisitivo.

–¿Que cómo he entrado? –era el turno de Martha de quedarse mirándolo fijamente–. Con mi llave. Yo vivo aquí.

–¡Mentira!

–Bueno, no siempre –admitió ella–. Pero podría, si quisiera. Me llamo Martha Antonides. Esta casa es propiedad de mi familia.

La expresión del hombre se despejó como por arte de magia.

–Ya no –le dijo alegremente–. Ahora es mía.

–¿Qué? –estaba segura de que no lo había oído bien. ¿Le había dado un golpe de calor? Desde luego, era muy posible: se sentía agotada y lo que acababa de escuchar no tenía ningún sentido para ella–. ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo que «ya no»? ¿Quién eres?

–Theo Savas.

Como si aquel nombre tuviera que significar algo para ella. Lo miró con cara de asombro.

–¿Y?

–Y ésta es mi casa.

–No –declaró Martha con firmeza, tan segura de lo que decía como de que la tierra era redonda–. Lo siento; no sé cuál es su casa, pero ésta no lo es. Esta casa es nuestra, desde hace generaciones.

–Era –dijo Theo Savas–. En pasado. Antes, lo era. Lo siento –añadió.

Pero no tenía aspecto de lamentarlo en absoluto. De hecho, parecía tan seguro de sí mismo como Julian cuando le informó de que era culpa de ella si él se duchaba con otra mujer.

–Demuéstramelo –le espetó Martha.

–Como desees –Theo Savas se encogió brevemente de hombros, se giró y entró en el cuarto que su padre llamaba su despacho, aunque nunca había trabajado desde allí. Lo vio abrir un cajón del escritorio de su padre y sacar un papel de una carpeta.

Volvió junto a ella, le puso el papel en las manos y dio un paso atrás. Era un acuerdo entre su padre y alguien llamado Sócrates Savas.

–Es mi padre –informó Theo Savas antes de que ella pudiera preguntar.

Irritada, Martha apretó los labios y siguió leyendo. Era la cosa más estúpida que había visto nunca.

–¡Todo esto es por un partido de golf! –protestó. Aquel documento decía algo de que el ganador de la partida se quedaría con la presidencia de Antonides Marine Internacional, la empresa fundada por su abuelo, arruinada casi completamente por su padre y salvada de la bancarrota por su hermano Elías.

–Sigue leyendo –aconsejó Theo Savas.

–¿Qué tiene que ver tu padre con nuestra empresa? –le preguntó ella, sin dejar de leer, mientras las letras de la hoja empezaban a ponerse borrosas ante sus ojos.

–Su padre le vendió el cuarenta por ciento.

Martha levantó la cabeza bruscamente. Abrió la boca para negarlo e insistir en que su padre nunca haría algo así.

Pero la triste realidad era que sí, que su padre era muy capaz de haberlo hecho.

En algún desafortunado intento de ayudar a Elías y de demostrarle a su hijo que no era un completo desastre para los negocios, tal vez Aeolus Antonides hiciera algo tan estúpido como aquello.

Martha apretó la mandíbula, y sujetó con tanta fuerza el papel que sus manos temblaron.

–Perdió el partido de golf –dijo entre dientes. Aquello no era una pregunta, tenía el resultado delante, bien claro.

Theo Savas inclinó la cabeza y esperó.

Martha, sintiendo cómo un músculo de su sien se contraía de la tensión, volvió su atención de nuevo al papel. La segunda parte era aún más extraña; como si el partido de golf no hubiera sido suficiente, aquello trataba de una regata de barcos. El querido Argos de su padre contra el Penélope de Sócrates Savas. El ganador de la regata se quedaría con la casa en una isla del otro.

–Yo gané –dijo el hombre que tenía delante, innecesariamente.

Martha se había quedado sin respiración. Se quedó allí, de pie, sin poder creer lo que le estaba ocurriendo. ¿Cómo pudo su padre apostarse la casa de su familia contra la casita en alguna isla de Maine que debía tener el otro hombre?

Furiosa, le devolvió violentamente el papel al hombre que le sonreía con aire de superioridad, y dijo:

–¡Es absurdo!

–Bastante –admitió aquel impertinente Theo Sa-